

se desvanecerán como las nubes á la salida del sol." Baronio no fué el único de sus discípulos que participó de su celo contra los hereges. Tomas Bozzio, escribió sabiamente sobre los caracteres de la verdadera Iglesia, y Antonio Gallonio, un compendio de las vidas de los santos, que la muerte no le permitió concluir.

---

## CAPITULO VII.

Felipe pone los fundamentos de su Congregacion, tal vez sin saberlo.

---

**E**RA ya tan grande el número de los discípulos de Felipe, que su cuarto, á pesar del aumento de que hemos hablado, no bastaba á contenerlos. Ocurrióle entonces hacer construir sobre las bovedas de la iglesia un vasto oratorio, lo que hizo en efecto en 1558. Allí reunia todos los dias á sus discípulos, despues de comer, haciéndoles conferencias de cosas espirituales y exhortándolos poderosamente á la práctica de los consejos evangélicos. Los domingos y dias festivos salia con ellos y los conducia á una de las iglesias de la ciudad, ya para asistir á las vísperas

ó completas, ó ya para que oyesen la palabra de Dios. Comunmente iban á Santa Maria la Minerva, en donde un hermano predicador, atraía á la muchedumbre con sus sermones sobre el salmo 50; era este el Padre Vicente Herculano, tan notable por sus virtudes como por su elocuencia, y que despues fué obispo de Perousa.

Felipe, cuyo celo por la gloria de Dios y salvacion de las almas se aumentaba incesantemente, concibió poco tiempo despues un proyecto, que no podia dejar de producir un bien inmenso: este fué restablecer las santas asambleas usadas en los primitivos tiempos de la iglesia. Por consiguiente, abrió al público su oratorio todos los dias al anochecer, para edificarlo con la meditacion é instruirlo en la doctrina cristiana. Esto causó una gran novedad, porque no se acostumbraba predicar en Roma mas que los domingos y dias festivos: no obstante, acudió la multitud, y estos ejercicios espirituales produjeron los mas felices resultados. De aquí, por decirlo de paso, tomó la casa el nombre de colegio del Oratorio, llamándose tambien á los sacerdotes que los presidian, los padres del Oratorio. He aquí como se hacian estas distribuciones. Dábase principio por meditar un rato bastante corto, leiase despues un poco algun libro espiritual, y de tiempo en tiempo, el que presidia interrumpia la lectura para esplicar y desenvolver lo que se habia leído, haciendo de esta suerte que se sacase mayor fruto. Con mucha frecuencia roga-

ba Felipe á sus hermanos que emitiesen su opinion acerca de lo que habian oido, y resultaba de aquí un diálogo que encantaba al auditorio. Este ejercicio duraba una hora; en seguida subia un padre al púlpito, y durante un cuarto de hora hacia un discurso familiar; otro empleaba tambien otro cuarto en referir algun pasage de la historia eclesiástica, y por último terminaba la distribucion con un cántico piadoso.

Habiendo aprobado el Sumo Pontífice esta institucion, progresó de un modo maravilloso, no solo en el Oratorio, sino tambien en otras muchas iglesias en donde se apresuraron otros sacerdotes á establecerla. Felipe supo inventar aun, con su celo ingenioso, nuevos medios para propagar la piedad cristiana. Hacia mucho tiempo que gemia este santo hombre al ver la falta de frecuencia de sacramentos en aquella época; y he aquí el medio de que se valió para revivir su uso.

Todos los domingos y dias de fiesta hacia venir á confesarse á todos aquellos de sus penitentes de que podia disponer, los dedicaba á la meditacion y les daba la comunión al celebrar el santo sacrificio de la misa. En seguida los dividia en secciones y los enviaba á los hospitales á servir á los enfermos y trabajar en su salvacion. Tomaron tal gusto á este edificante ministerio treinta ó cuarenta de entre ellos, que convinieron unánimemente practicarlo todos los dias: distribuyéronse por consiguiente los siete de la semana, y todos

á su vez iban á desempeñar este doble oficio de caridad cristiana con tanta eficacia y buena voluntad, que causaban no poca admiracion.

Estos hombres, y otros, tambien venian en la noche del Domingo á ver á nuestro santo, y se iban en su compañía á los maitines de los religiosos Domínicos ó Capuchinos. Por lo comun llegaban antes de comenzar el oficio, de suerte que al entrar al coro los religiosos, lo encontraban lleno de jóvenes seculares, lo que ciertamente no podia ménos de edificarlos. Respecto á Felipe, acostumbró, por muchos años, asistir cada noche al oficio de los Domínicos; motivo por el que estos religiosos le habian confiado una llave de su iglesia.

No parecia sino que el siervo de Dios, con su celo admirable, estaba encargado de remediar todos los abusos y de satisfacer por todos los pecadores; y de aquí es que en los dias de desórdenes y escándalos, tales como los Lupercales, se le veía rodeado de sus fervorosos discípulos, visitando las siete principales basílicas de Roma. Al principio iban ellos solamente con su padre; pero bien pronto llegó á hacerse popular esta devocion, hasta el caso de acompañarle mas de dos mil personas, no tardando aun los mismos religiosos en mezclarse con aquella piadosa muchedumbre.

Veíanse pues entre ella, á muchos Domínicos y Capuchinos que acudian en cuerpo con sus novicios: Esta multitud caminaba ordenada entonando himnos y cánticos; y al llegar á cada igle-

sia, subia un religioso al púlpito, y dirigia á la asamblea una breve pero enérgica exhortacion. Luego que llegaban al último templo que era el de San Sebastian, se decia una misa solemne, en la que comulgaban muchas personas. Todo este pueblo se dirigia en seguida hácia los paseos de algun lugar inmediato; allí se reunian las comunidades, agrupándose tambien las familias, y sentados todos sobre el verde cesped, almorzaban modestamente, y luego volvian á la ciudad, conmoviéndola con sus cánticos y festivas melodías. He aquí como los santos saben muy bien mezclar lo útil con lo agradable, y bajo su direccion tiene tambien la piedad sus placeres y recreos.

Era tal la conmocion de Felipe en estas ocasiones, que mas de una vez llegó á apoderarse de él la fiebre. Por lo demas, Dios manifestó por medio de un milagro, cuán agradables le eran estos piadosos ejercicios. Un dia fué sorprendida la procesion por una terrible borrasca entre la basílica de San Pablo y la de San Sebastian: disponíanse á huir los concurrentes, cuando levantó la voz Felipe, y les dijo: “No tengais cuidado; yo os aseguro que no lloverá.” No cayó sobre los que se quedaron una sola gota de agua, al paso que fueron inundados, los que se creyeron salvarse por medio de la fuga.

Todos estos piadosos ejercicios produjeron en Roma tal fervor, que llegó á creerse, habian vuelto aquellos bellos dias de la primitiva Iglesia. En

efecto, podia decirse de una multitud de personas lo que dice el Evangelio de los primeros cristianos; que perseveraban en la doctrina de los apóstoles, en la oracion y en la fraccion del pan: por lo mismo, los preladados, al paso que los hombres espirituales, maravillados de tan bello espectáculo, aprobaban con sumo gusto las industrias del Santo, y no economizaban las alabanzas de su celo. He aquí, por ejemplo, como se expresaba sobre él Juan Rubeo, en una carta dedicatória que dirigió al mismo santo. “Entre las cosas que excitaron mi admiracion, luego que llegué á Roma en el año pasado, la que me causó mayor alegría, fué el espectáculo que ofrece vuestro Oratorio de la Caridad. Yo no podia volver de mi admiracion ni contener mis lágrimas, al ver la piedad de vuestros numerosos discípulos, salidos de todas las clases de la sociedad y de diversas naciones, rivalizando en celo por la salvacion de sus almas. Por lo demas, vuestras edificantes y sólidas instrucciones me explicaban estos felices efectos, y ya no me sorprendió ver á tantos de vuestros hijos espirituales renunciar al mundo por ir á buscar en el claustro la perfeccion evangélica.”

Los Florentinos que habitaban en Roma, movidos de las virtudes de sus conciudadanos, y admirados del bien que les veían practicar, desearon emplear su celo en propio provecho suyo. Acababan de edificar en su barrio una iglesia nacional dedicada á San Juan Bautista, y de unánime

consentimiento, enviaron á Felipe una comision á fin de rogarle la gorbarnase, ofreciéndole bajo esta condicion, el que fabricarian junto á ella un hermoso convento. “Esta proposicion, les dijo, es demasiado importante para pue yo la pueda aceptar ligeramente: os suplico me permitais un poco de tiempo para consultar con Dios en la oracion. Si su voluntad corresponde á vuestros deseos, podreis contar desde luego con mis servicios.” Recurrió en efecto á la oracion, y algunos dias despues volvieron los mencionados y les manifestó francamente no serle posible abandonar la casa de la Caridad. Estos, afligidos por la negativa de Felipe, pidieron una audiencia al sumo Pontífice, y le suplicaron mandase á nuestro santo que obsequiara sus deseos. “Esa es mi voluntad, respondió Pio IV, y así podeis asegurárselo.” Volvieron ellos muy contentos á Felipe, quien lleno de respeto al mandato del Santo padre, aceptó el cargo, pero bajo la condicion que continuaria viviendo en la casa de San Gerónimo, llamada de la Caridad.

Necesitando entónces de mas sacerdotes para este ministerio de almas, hizo promover al sacerdocio á tres de sus discípulos, Baronio que fué despues cardenal; Bordini, que con el tiempo fué confesor del Papa Clemente VII, y mas tarde obispo de Aviñon, y al piadoso Ripano. Ordenados ya, los envió á vivir en la casa de los Florentinos, y poco tiempo despues les agregó otros dos nuevos sacerdotes, que fueron el célebre Tarugio y Angel Velli de Preeneste. Todos cinco se orga-

nizaron entónces en comunidad, repartiéndose entre sí los empleos necesarios. Tocó la cocina á Baronio, quien hufano de su obediencia, escribió con un carbon sobre la pared en letras grandes: César Baronio, cocinero perpetuo. Todas las mañanas iban á San Gerónimo á confesarse con su padre, ó al ménos á manifestarle su conciencia; despues volvian á su iglesia á decir misa y á oir á los penitentes que se les acercaban. Durante la comida leía un jóven de los discípulos un trozo de la Biblia y un poco de la vida de algun santo; en seguida iban á San Gerónimo á reunirse con sus hermanos, y al ponerse el sol volvian á San Juan Bautista para dar al pueblo los egercicios espirituales, con excepcion de la noche del Sábado, que la empleaban en barrer la iglesia y disponer los altares para la solemnidad del Domingo. En este dia, lo mismo que en los demas de fiesta, se sentaban al confesonario desde muy temprano, y permanecian en él toda la mañana, ménos el que tenia que cantar la misa mayor, pues este solo confesaba hasta la hora en que debia salir al altar. Al evangelio subia Baronio ó Bordini al púlpite, y dirigia un discurso al pueblo, bajando en seguida á su confesonario. Despues de visperas, iban todos juntos, ó bien á Santa María Minerva, ó bien á Santa María de los Martires, á donde el padre Felipe se encontraba con los suyos, para conferenciar familiarmente sobre cosas espirituales. Si el tiempo estaba sereno, la reunion se te-

nia fuera; mas si llovía se verificaba dentro de la misma iglesia. Los seculares acudían también á estas piadosas reuniones, de las que salían sumamente edificados. En la estación del invierno, se hacia la reunion en el Oratorio de San Gerónimo, siendo de creer que el santo variaba de esta suerte los lugares de sus ejercicios, para hacer extensiva la piedad en todos los barrios de Roma. Estas idas y vueltas de los padres de San Juan Bautista, continuaron por diez años, á pesar de su incomodidad; pero en 1574 consiguieron hacer habitualmente sus ejercicios en su iglesia, mucho mas grande y cómoda que el Oratorio de la Caridad.

Poco tiempo despues, Tuvenal Ancina, cuya memoria aun permanece en bendicion, escribia á su hermano: "Hace ya muchos dias que asisto todas las noches á los ejercicios que se hacen en el Oratorio de San Juan de los Florentinos, y en verdad que esto es la mas bella cosa del mundo. Despues de una plática sobre algun punto espiritual, sigue una edificante exhortacion acompañada de algunos pasages tomados de las vidas de los santos, una leccion de historia eclesiástica, y un concierto tan tierno como armonioso. La nobleza acude á estos espetáculos de nuevo género; viniendo también los cardenales y prelados, y todos estan encantados. Se nos han leído las vidas de San Francisco de Asis y de San Antonio de Padua; y á fé mia, que estas narraciones son de-

masiadamente interesantes. Los sacerdotes que presiden estas reuniones, son unos hombres tan recomendables por su ciencia, como por su virtud, y tienen por principal á un padre llamado Felipe Neri, cuya fama pública maravillas. Parece que es un santo dotado en sumo grado del divino don de convertir y satisfacer las almas. Son prodigiosas sus industrias, tiene tanta prudencia como habilidad en todas sus invenciones. Los padres Tolet y Possevin, lo veneran lo mismo que los demas. Es el oráculo de los Romanos, y debería yo decir mas bien que lo es de la Europa entera, porque de todas partes vienen á pedirle consejo."

---

## CAPITULO VIII.

Sufre Felipe crudas persecuciones, y establece su congregacion del Oratorio.



**D**ESDE el origen de estos piadosos ejercicios, previó el demonio con su natural sagacidad, los copiosos frutos que ellos habian de producir, y desde luego determinó de-